

HIJOS DEL 68

Relatos familiares de la revolución

La generación de los hijos del mayo francés ha llegado a la edad de contar sus vidas y de perdonar, quizá, a sus padres

POR LUIS ALEMANY Y PHILIPP ENGEL



Régis Debray, durante su detención en Bolivia, en 1968.

ROLLS PRESS

ME MO RIA ¿Qué nos reprocharán nuestros hijos cuando sean adultos y nuestro modo de vida les parezca hipócrita? ¿Serán más conservadores que nosotros o vivirán más libremente? ¿Nos perdonarán antes de que muramos?

En realidad, la tensión entre padres e hijos es el gran tema de nuestro mundo, casi siempre en la misma dirección: cada generación llega con un deseo de transgresión contra sus mayores. Bernarda Alba, el padre de Kafka, el de Roth, el de Amos Oz... Padres castradores, tiránicos, incapaces para el afecto y demás tesoros.

Pero, como pasa con todos los moldes, hay un negativo de la foto, una versión en la que los hijos llevan vidas más conservadoras que sus padres. Los chicos de la revolución, en su afán por vivir libremente, dejaron en sus hijos una sensación de orfandad. Ahora, sus niños, los vástagos del 68 y la contracultura llegan a la edad de contar su vida.

Hija de revolucionarios, de Laurence Debray (Anagrama), ha sido la gran aportación al género de esta temporada. «Mi libro ha gustado a los lectores de mi edad pero no ha gustado a los de la edad de mis pa-

dres», cuenta su autora. «Supongo que hay algo generacional».

El revolucionario del título, el padre de Debray, es Régis Debray, el periodista francés de burguesísima familia que se adentró en el castrismo y fue amigo de Fidel. En 1968 fue detenido en Bolivia y pasó un año preso. A menudo se ha dicho que Debray delató al Che; su hija lo desmiente. Cuando volvió a Francia, se convirtió en asesor íntimo de Mitterrand. Laurence, mientras, creció entre Sevilla y París, viviendo a veces como una niña rica y a veces como una niña pobre. Nunca ha conectado del todo con su padre.

¿Y eso, por la política? «Mi padre hablaba de Klaus Barbie y yo quería una Barbie. Hablaban del Tercer Mundo y yo quería que me cuidaran». Duda: si Régis hubiese sido gaullista, ¿no hubiese sido el mismo padre errático? «Quizá. Puede que compensase un malestar muy íntimo con la política. Que se rodease de gente como una manera de esconderse de sus problemas. Quizá le pase a muchos políticos. Lo planteo como pregunta, no como certeza».

Laurence Debray salió adelante gracias a su madre venezolana y a sus proustianos abuelos. ¿Conoce casos

parecidos de hijos de *soixante-huitards* melancólicos? «Algunos. Todos llevan vidas estructuradas, son muy cuidadosos con sus hijos, hacen lo contrario que sus padres... Bueno, el mundo ha cambiado. Antes, la vida no giraba en torno a los niños. Los niños seguían a los padres».

¿A alguien le suena esta historia a *El cuerpo en que nací*, de Guadalupe Nettel? Por allí aparecían padres que llamaban a sus hijas Clítoris. O a *Tiempo de vida*, de Marcos Giralt Torrente. El hilo podría llevar hasta las novela de *flappers*, como *Los eduardianos*, de Vita Sackville-West. Pero el libro al que más recuerda *Hija de revolucionarios* es *Un año ajetreado* de Anne Wiazemsky, que no es una novela de padres e hijos sino de novio y novia. Como el novio era Jean-Luc Godard y la novia era una niña de 17 años abrumada por la irresponsabilidad de su hombre, la comparación es inevitable. Retomaremos ese hilo.

CINE Y ADOQUINES

Cuando estalló mayo, el cine también bajó a la calle. Philippe Garrel, que tenía 20 años y formaba parte del grupo Zanzibar, era uno de los que corrían, cámara en mano. El material que rodó estuvo perdido,

pero Garrel lo recuperó en 2014 y hoy se puede ver en YouTube con el título de *Actua 1*. El documental parece un presagio de *Les amants réguliers* (2005), la cinta de Garrel que se suele nombrar como la mejor película sobre el 68.

Antes de protagonizar *Les amants réguliers*, Louis Garrel, el hijo de Philippe, se convirtió en un astro mundial, gracias a *Soñadores* (2003) de Bernardo Bertolucci. Aquella era una visión mucho más aburguesada, erotizante y glamurosa de aquellos días, rodadas por alguien que no estuvo ahí.

Lo importante es que su nombre nos lleva de vuelta hasta Wiazemsky: Garrel hijo volvió a correr por las calles del 68 caracterizado como Godard de *Mal genio* (Hazanavicius, 2017), un irreverente pastiche basado en *Un año ajetreado*. Seguramente Philippe Garrel, que se declara discípulo de Godard, no fue a ver esa película. Tiene un pacto con su hijo para evitarse disgustos.

Louis y Philippe Garrel no pueden ser más distintos, pero a la vez han establecido una continuidad. Philippe evolucionó de un cine más bien abstracto y experimental hacia una autoficción vestida de elegante romanticismo en blanco y negro, siem-

pre al margen del sistema. Ha sabido mantenerse íntegro, como Godard. Y sigue viviendo en el mismo pisito del Barrio Latino, junto a su joven compañera y guionista, Caroline Deruas, con la que ha encontrado el sosiego, dejando atrás sus años junto a la cantante Nico, marcados por la heroína.

Louis Garrel seguramente no hubiera llamado la atención de Bertolucci de no ser hijo de. El italiano vio la oportunidad de darle a su película un sesgo de autenticidad. Garrel hijo no consume drogas, apenas bebe, pide Coca-Cola en las fiestas. Tampoco sale. No ha sido nunca de discotecas. Es hogareño y no ha elegido vivir en un exiguu pisito. Le puso cara al perfume *Uomo* de Valentino porque las marcas se lo rifan, y vivió mucho tiempo con la cineasta Valeria Bruni-Tedeschi, hermana de Carla, con la que tuvo gemelos.

Louis, como todos los hijos del mundo, tiene que negociar consigo mismo. Aceptar su linaje revolucionario y, a la vez, todo lo que se pueda encontrar tras las puertas que se le abren en el presente. «También mi libro era una manera de comprender a mis padres y de disculparlos», termina Laurence Debray. 